

EL DIAMANTE

El monje peregrino llegó a las afueras de la aldea y buscó un árbol frondoso para pasar la noche. Estaba meditando cuando sintió que un hombre se le acercaba nervioso:

- Quiero la piedra.

- ¿Qué piedra? –contestó el monje.

- La pasada noche tuve un sueño que me revelaba tu llegada y así ha sido. También me decía que en tu poder guardabas una preciosa piedra que cambiaría mi vida. ¡Dame esa piedra!

- ¡Ah, la piedra! –dijo convencido el monje-. Quizás te refieres a esta piedra que me encontré esta mañana en el camino.

Fue a su macuto y rebuscó entre sus cosas una pequeña bolsa de tela de la que extrajo una piedra brillante y se la dio. El hombre, al ver en sus manos un fabuloso diamante del tamaño de una ciruela, explotó de alegría.

- ¡Rico, soy rico! –gritaba dando brincos.

El monje se mantuvo sereno en todo momento.

A la mañana siguiente volvió muy temprano el hombre de la aldea y despertó al monje.

- ¡Maestro! –dijo con reverencia. ¡Dime cómo lo haces! Desde que me diste el diamante no he estado tranquilo un solo momento. Llevo toda la noche sin dormir dándole vueltas: ¿cómo puedes darme algo tan valioso y permanecer tranquilo?



Para reflexionar:

Si eres como el hombre...

¿Qué esperas que te den para ser feliz?

¿Sigues buscando fuera lo que sabes que está dentro?

Si eres como el monje...

¿Ofreces lo que tienes y lo que eres con esa facilidad?

¿Llevas dentro un tesoro que te permita el desapego?

¿Has encontrado la fuente interior de la que brota la paz?